

El papel de la gestión cultural en el marco de la nueva diplomacia global. Cambios de paradigmas, actores y objetivos¹

Antonio Tenorio Muñoz Cota

0

Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a la Universidad Autónoma de Aguascalientes por la distinción que me significa estar hoy aquí todas y todos ustedes.

Mi gratitud tiene una deuda especial con el Sr. Rector, Mtro. en Administración Mario Andrade Cervantes, con el Sr. Vicerrector Dr. Francisco Javier Avelar González, con el Sr. El jefe de departamento de Arte y Gestión Cultural, Dr. Mario Hernández González, al Decano del Centro de las Artes y Cultura Arq. José Luis García Rubalcaba . Y no menos con mi maestro y amigo Víctor González, Director general de Difusión y Vinculación de esta Casa de Estudios.

Es un privilegio y una enorme responsabilidad participar de esta Cátedra. El nombre que ostenta le da por sí solo una dimensión que va más allá de alguna de los campos del conocimiento y se inserta en la experiencia humana misma. Educación, patrimonio, pensamiento, salud pública, estudios sociológicos... Sobre el Dr. Alfonso Pérez Romo, bien podría decirse la máxima que da sentido profundo a cualquier existencia: Nada de lo humano me es ajeno.

¹ Conferencia leída en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en el marco de la Cátedra Magistral Alfonso Pérez Romo, el 29 de septiembre de 2015

De una manera concurrente a cómo lo hiciera el filósofo español Pedro Laín Entrealgo, quien identifica en la cultura clásica eso que llama “curar por la palabra”, el Dr. Pérez Romo ha identificado el humanismo médico compuesto, cito: “en dos dimensiones inseparables una de la otra que se expresan en la actitud que tenemos frente a cada persona y las que profesemos ante las sociedades humanas”.

Así la cultura, en tanto la actitud que tomemos frente a lo que identificamos como propio, en tanto la actitud que profesemos a lo que identifiquemos como extraño, como no propio.

Así, también la diplomacia, el otro término que une nuestra charla de hoy. En tanto la actitud que expresamos como representantes de nuestra propia concepción del mundo y la vida, y en tanto, cada nación elabora estrategias y acciones tendientes a influir en la idea que los demás tienen sobre ella.

En la larga marcha de la historia de lo humano, la diplomacia cultural no es más que un eslabón, del intento de las civilizaciones por preservarse y encontrar caminos de encuentro consigo mismas y con los otros

Trataré de estar a la altura de la encomienda y el alto honor que hoy se me confiere.

1.

¿Habría habido alguna vez otra clase de diplomacia que no haya sido cultural? ¿La habrá? ¿Es posible pensar en un quehacer diplomático que se desligue de la cultura de la que proviene?

Al consumarse la independencia, allá por la Segunda década del siglo XIX, México, al igual que los países hispanohablantes que entraban en la escena internacional al

separarse de España, enfrentaron como primer desafío cultural el de la afirmación de una identidad propia. A la par, claro, de su urgencia por resolver problemas tan o más apremiantes que responder a la pregunta, qué es, qué hace ser lo mexicano.

Como sabemos, la primera mitad de ese siglo fue especialmente turbulenta y sombría para nuestra nación naciente. Para 1850, México había perdido la mitad de sus 4 millones de kilómetros cuadrados originales, estaba interiormente desorganizado, no contaba con vías de comunicación eficientes, los acreedores internacionales lo asediaban y al cabo de apenas de tres décadas de vida independiente, había tenido más de 40 presidentes, sin contar un intento de Emperador en la figura tragicómica de Iturbide.

Lengua y tema, fueron las dos estrategias que primero siguió el afán por ganarse un lugar como una nación culturalmente singular. Por una parte, si bien se carecía de una lengua propia en el sentido estricto del término, pues se hablaba la misma lengua de la metrópoli, el español, los afanes identitarios no tardaron en subrayar el carácter distintivo de ese “español mexicano”, en relación con el español peninsular. Modismos, acentos, variaciones e incorporación de palabras de raíz indígena, se constituyeron en la referencia de ese español propio, de esa lengua nacional, que al nuevo país le serviría para consolidar su propio sentido de unidad.

Por otra parte, si la certeza de que el español que se hablaba constituía parte de su esencia fue la primera de las rutas de la identidad cultural nacional, la segunda, desarrollada a la par, fue la temática. Había, se tenía que decir, temas, situaciones, personajes, o para decirlo con palabras del XIX, tipos nacionales, que sumados al

paisaje donde actuaban y a la lengua con la que se expresaban, permitían saber y difundir que el territorio era, además de eso, una nación.

Literatura y pintura serán las artes a través de las cuales México atravesará su telúrico siglo XIX. Paisaje y lengua, color en la mirada capaz de descubrir una naturaleza externa singular, en el oído atento de las expresiones y modo de decir de una naturaleza interna también única. Nada casual es, en ese sentido, que la primera novela propiamente mexicana, e Hispanoamericana, publicada ya como país independiente sea un largo recuento picaresco de tipos nacionales, construido a partir de la apropiación de la lengua peninsular. Hablo, desde luego, de *El Periquillo Sarniento*, de José Fernández de Lizardi.

Nada casual, mucho menos, el papel que un número muy grande escritores jugaron a lo largo del Siglo XIX como constructores de ese sentido de identidad, y a la mismo tiempo como actores de primer orden, en su papel de legisladores, soldados, ministros, educadores, de esa patria forjada, sin exagerar, a sangre y fuego. Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, entre muchos otros, comprendieron que, para recurrir al lugar común, pluma y espada les reclamaban, bajo una premisa elemental y profunda: había que lograr que el país lo fuera de verdad. Que así se le viera en el extranjero, que así se le asumiera al interior del mismo.

Situados en el epicentro del tiempo que nos forjó como nación, bien podríamos llamarlos a ellos, los gestores culturales fundadores de la nación. Lo tengamos consciente o no, a su sombra, y lo que sus vidas significaron para el país, se han

construido los referentes de cómo entendemos el vínculo entre servicio público y creación artística y cultural.

2.

La historia de la diplomacia mexicana, por su parte, corre a la par de los afanes de la nueva nación por encontrar su voz y espacio en el mundo. De ahí que a lo largo de dos siglos, sostiene Roberta Lajous, hoy Embajadora de nuestro país ante España, los dos objetivos constantes de la política exterior de México han sido: en primer lugar, afirmar su soberanía y su identidad; en segundo, buscar los recursos económicos y humanos para acelerar su desarrollo, una vez consolidada su forma de gobierno republicana y federal”.

Al arranque de los dos siglos de los que habla Lajous, habría que decir que apenas a los siete días de vida independiente, lo que entonces se denominaba como la Regencia y la Junta Gobernadora del Imperio se dieron a la tarea de dar forma al nuevo gobierno. Determinaron entonces crear cuatro secretarías de Estado, cuenta puntualmente Jorge Flores en sus *Apuntes para una historia de la diplomacia mexicana*, “y la de Relaciones Exteriores, la encargada de vigilar y cuidar los más altos intereses de la nación”.

Como bien cuenta Flores, la larga guerra de independencia verá surgir en sus diez años distintos enviados diplomáticos especiales, primero de los cuales fue don Pascasio Ortiz de Letona, quien se trasladó a Washington en calidad de Embajador plenipotenciario, luego de que en un acto solemne le fueran entregadas sus cartas

credenciales por Hidalgo y otros jefes insurgentes en la ciudad de Guadalajara, el 3 de diciembre del tempranísimo 1810.

En ese sentido, la creación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, no constituye propiamente el primer intento de México por tener representantes en el exterior, aunque sí marca el inicio de la vida institucional de nuestra diplomacia. Marcada, tal como asienta la Embajadora Lajous, por dos propósitos: la identidad y la defensa de la soberanía, mismos que en realidad se resumen en un solo: construir un sentido de cultura nacional que nos diera cohesión interna y sirviera como valladar de las ambiciones extranjeras.

Se trataba de ser una nación nada menos. Mas no se trataba de ser cualquier nación, ni una más. Vicente Riva Palacio, uno de esos que he llamado yo padres fundadores de lo público abrazado a la cultura, sostuvo siempre, lo cito, que “era obligación de los escritores mexicanos dar a conocer nuestra historia, nuestras costumbres públicas, nuestra vida y cultura general para desvirtuar cuanto extranjeros ignorantes y fanáticos contaban en Europa”.

Así que cuando fue nombrado Ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, no tarda en proponer se realice en México la gran Exposición Universal de 1880, como prueba fehaciente de sus incipientes progresos, dice Pascual Buxó, y de sus fundadas esperanzas de alcanzar un lugar prominente entre las naciones más cultas.

El afán de Riva Palacio no prosperó. No había condiciones aún. Sin embargo, nuestro país participó por primera vez de manera organizada en la Feria Mundial de

1884 en Estados Unidos. Y ya para 1900, en la mítica Feria Universal de París, ocasión en la que se inauguró la Torre Eiffel y dio la bienvenida al nuevo siglo, la presencia de la nación mexicana resultó amplia y relevante. Hay un imaginario que ha logrado fundir en el horizonte cultural un pasado vasto y grandioso que suma por igual lo indígena, lo español y, desde luego, la misión civilizatoria y de progreso encabezada por Porfirio Díaz. Nadie imagina entonces que apenas diez años más tarde en ese mismo país habrá una Revolución. Nadie.

3.

Tres años después de la gran Exposición de París, aparece publicada la que sería la primera de las novelas emblemáticas del siglo XX mexicano: Santa. Escrita por un diplomático que se volvería referente ineludible de la propia historia de la diplomacia cultural mexicana, Federico Gamboa, Santa resulta a la postre, la base de la primera película con sonido que se filma en México.

La ciudad de México, escenario de la perdición de la muchacha ingenua y engañada que acaba prostituyéndose en la capital, es ya para entonces, siete años antes de que Madero llame a levantarse en armas, algo más que el centro de la nación, el espejo de las contradicciones, paradojas y posibilidades modernizadoras de ese país que sigue queriendo parecerse a sí mismo, dentro, y ser visto con admiración por su grandeza pasada, fuera.

El siglo XX mexicano, con la Revolución como foco de su reinención, se convertirá bajo el signo de todo lo que se ha recorrido, en el punto de anclaje para recontarnos

quiénes somos y quiénes estamos destinados a ser. Nuevamente son los hombres de la cultura, Vasconcelos al fundar la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación, y aquellos que, en palabras de Alfonso Reyes, el sabio mexicano, parten al exterior a esparcir la buena nueva de la primera revolución triunfante del naciente siglo, los artificios de esa identidad tan ansiada como largamente incubada a través del orgullo cultural.

A mediados de los años 50 del siglo pasado, una vez que Rivera y los muralistas han plasmado en los muros de los edificios públicos el nuevo relato nacional, una vez que ha quedado claro que es la Revolución lo que une la grandeza del pasado con el porvenir esperanzador, a instancias de Jaime Torres Bodet, poeta, funcionario, y uno más en la larga lista de hombres de la cultura enlistados en el servicio público, la política cultural del Estado mexicano en el exterior se institucionaliza al instituirse la Oficina de Asuntos culturales de la cancillería mexicana.

Se trata de los años dorados de lo que se llamó el Desarrollo estabilizador, el país crece, genera empleos, hay una industria nacional en expansión, la clase media aumenta, México pasa de ser un país rural a constituir en la ciudad de México su centro de gravedad, un espacio de oportunidades. Se construye la ciudad universitaria y la industria cinematográfica apuntala una efectiva operación de doble vía: la idealización de un pasado campirano y bonachón, casi angelical que en verdad nunca existió, con una imagen de la gran ciudad como espejo del progreso, aun con sus desigualdades y abismos.

Son además los años de la posguerra. El cine aquella lengua que recién independizados fue factor cohesión y de construcción de identidad, el español, ahora la llave mágica para que los artistas nacionales y su música se expandan por toda América Latina y se conviertan, aún sin que haya una política perfectamente delineada para ello, como grandes artífices de la educación sentimental latinoamericana. La estrategia funciona, dentro y fuera. Los estereotipos, una vez más como en el siglo XIX, los modernizados tipos nacionales, apelan hacia dentro a una imaginada autenticidad y hacia afuera a la construcción de imagen que rápidamente se propaga del Bravo a la Patagonia.

La diplomacia cultural apalanca la imagen de un país que ha logrado salir de la guerra civil para encaminarse al desarrollo. Un país en vías de desarrollo se nos llamó durante esos y los años siguientes a la mitad del siglo XX. Hacia el exterior se despliega una exitosa política cultural de doble vía: Se exportan las muestras de nuestros artistas, se incentiva el cine, se patrocina a creadores, se ejerce un mecenazgo amplio aunque al mismo tiempo selectivo que recompensa una lealtad básica al Estado: “Dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución, nada”.

Por otra parte, la acción cultural en el exterior del Estado mexicano posrevolucionario, no pocas veces encabezada por intelectuales y creadores que se incorporaron con entusiasmo a la diplomacia, busca y consigue atraer la atención de jóvenes y muy brillantes académicos que se tornan con los años y el apoyo de las propias instituciones mexicanas, en distinguidos mexicanistas que propagan y consolidan la imagen de nuestro país en el exterior.

Después de tantos años y tantas penurias, el camino parece andado. La diplomacia cultural en el México posrevolucionario se torna en una efectiva herramienta para consolidar, por fin, el espacio de acción para un Estado nacional, cuyo éxito velozmente se transforma en una forma centralizada y desigual de desarrollo.

4.

Somos lo que creemos haber sido y lo que suponemos que podemos ser. Somos un relato. Colectivo y personal. Regional y nacional. Absoluta e indivisiblemente individual y a la vez social y culturalmente determinado. Somos un relato, insisto, el relato que compartimos con nosotros mismos, el relato que construimos para los demás.

Dos relatos que no son necesariamente dos, sino dos maneras, más bien, de constituirnos, de construirnos, sería más preciso decir. Relato que es su acepción etimológica es *relatio*, proviene de relación, no lo olvidemos. Un relato es y será siempre, la particular forma que se establezca para relacionar unas cosas con otras, unos acontecimientos con otros, un haber sido con un poder ser.

Comencé preguntando si no toda diplomacia es cultural o, lo que es lo mismo solo que en otras palabras, cuestionando si había alguna otra manera en que la diplomacia fuese no cultural. Me refería, desde luego, a un entendimiento amplio del término cultura. Y no necesariamente al establecimiento de una estrategia y ciertas acciones para promover los valores de una cultura en particular. Pensaba,

al hacer la pregunta con que abrimos esta conversación en ese relato que nos une a nosotros mismos, al tiempo que nos vincula con los otros, con los que no siendo uno mismo, encuentro similitudes, tiendo puentes, establezco lo común y con ello soy capaz de interactuar socialmente.

Desde los emisarios de los Estados nacionales de la temprana modernidad hasta los protagonistas de la diplomacia pública y/o cultural del mundo globalizado, todo representa de su nación, la encarna. Y lo hace de modo consciente y programado, claro. Pero lo haría también incluso a pesar suyo. Quiero decir, y perdón si resulto de una obviedad destemplada, somos lo que somos, ahí a dónde vamos. Somos nosotros, cada uno, siendo todos los demás.

Todo diplomático que se inserta en una cultura que no es la suya se vuelve una anomalía que es detectada de inmediato. Los taxistas preguntan por el acento, la forma de moverse en las calles, los titubeos, el tiempo que se toma para una introducción en una charla, la manera de entregar una tarjeta de presentación (pienso en los japoneses), nos delata. Todo diplomático, sin importar la encomienda particular que se le encomiende, es y será siempre ante todo, un emisario cultural. Para bien o para mal. No hay remedio.

La política cultural hacia el exterior que México desarrolló durante el siglo XX, corresponde por completo a lo que el país era y quería proyectar durante esos años. Fue resultado, asimismo, de las condiciones geopolíticas imperantes, e incluso estuvo condicionada por el estado de avance de las comunicaciones en aquella época.

Con estas tres variables en mente, el balance resulta claro: La diplomacia cultural del México del siglo XX corresponde a lo que el país fue en ese momento, no a lo que el país, el mundo y la realidad hipertecnologizada actual supone.

La sola revisión de la manera en qué durante los últimos 20 años ha cambiado el carácter jurídico administrativo del área encargada de la diplomacia cultural, bastaría para cerciorarse de cómo se ha ido diluyendo no solo la importancia de este ámbito, sino además de que no termina de entenderse que en el corazón de toda política exterior está, necesaria y fatalmente, lo cultural.

Dos bloques de cinco elementos cada uno, dan cuenta, a mi juicio, de aquel modelo espejo de nuestro siglo XX, insisto, que se parecen en demasía, por decir idéntico al país que fuimos y que, también insisto, ya no somos.

En la operación interna: 1) Centralista; 2) Sin mecanismos para transparentar apoyos; 3) Concentrada en el ámbito bilateral; 4) Presidencialista, en el sentido de su efectividad para acompañar las visitas de Estado de grandes y muy costosas exposiciones; 5) Con escasa o nula participación ciudadana.

Hacia el exterior: 1) El reino de los estereotipos con el mariachi a la cabeza; 2) Frida, Diego y algunos otros “productos”; 3) Los estados no existen; 4) Cómo queremos que los otros nos vean, no cómo los nuestros nos sientan; 5) Demos una buena imagen

El país es otro. Se ha reconocido y ha comenzado a ejercer su condición federal, diversa y plural. Los niveles de gobierno actúan en el ámbito de su competencia. La sociedad no solo está presente sino que actúa y vigila. Las nuevas tecnologías

construyen más rápido y con mayor efectividad las percepciones públicas en el exterior. Las redes de colaboración entre actores sociales y artistas se han globalizado y en muchos casos no necesitan ya ni del aval ni de los recursos públicos para promover su obra.

Si el siglo XIX fue el siglo de la construcción del país, el XX de las instituciones, el XXI es de la sociedad organizada, crítica y actuante, que no nos quepa la menor duda.

Un mundo que no se parece en nada al mundo de hace 20 años, mira cómo la presencia cultural de México pierde vigor, cómo envejecen los mexicanistas más prestigiados sin que haya un relevo generacional, cómo un país que representa junto con China y la India un universo más que una cultura, no atina a definir un plan estratégico de diplomacia cultural para el mundo global.

5.

Resulta evidente que no basta que nuestros diplomáticos sean más cultos para que pueda edificarse la política cultural hacia el exterior acorde con los tiempos y circunstancias actuales. De hecho, una de las condiciones para comprender este tiempo es asimilar la idea de que el Estado, y sus representantes, los diplomáticos, han perdido el monopolio de la construcción de la imagen que del país en el exterior.

Evidente es también que en cada siglo de vida independiente ha predominado una idea básica detrás de la acción diplomática de México y las estrategias que ha adoptado en cada momento. Así, de la posición a la defensiva que supone que el

objetivo único sea salvaguardar la soberanía como signo del Siglo XIX, se pasa en el XX a una postura que tiene en la activa difusión de ciertos artistas y ciertos rasgos culturales su base esencial, un país con una gran cultura cuya vida política interna es cosa aparte.

Retomo el planteamiento cardinal del teórico de la Diplomacia pública, Nicholas Cull: No hay diplomacia sin ideas, entendidas éstas como prácticas y representaciones, cómo somos, qué hacemos, cómo lo hacemos y cómo suponemos que somos o cómo nos interesa que los demás crean que somos. ¿Qué idea tenemos del país que hemos sido, que somos y que deseamos ser y de qué modo somos capaces de plasmarlo en ese eslabón que es la política cultural hacia el exterior?

No es que no haya una política cultural hacia el exterior, claro que la hay, no puede no haberla, en tanto una política es el conjunto de acciones, así no estén eslabonadas, que se llevan a cabo en torno a un mismo ámbito, así sean fragmentarias o incluso contradictorias. Lo que sí no hay es una política pública cultural hacia el exterior que corresponda a los mínimos supuestos que implica una política pública, ni mucho menos hay una política que corresponda con las nuevas realidades que el Siglo XXI ha traído consigo.

Desmenuzo esto y me encamino hacia el final de esta charla.

Primero, qué quiero decir con que no hay una política pública cultural hacia el exterior, es que las acciones que hoy se llevan a cabo, y que tienen su valor, corresponden más al esfuerzo personal y el compromiso del personal directamente involucrado en estas tareas, que a directrices que desde las instancias más altas

del Estado se hayan marcado. El trabajo que realiza la Dirección general de Asuntos Culturales de la Cancillería, su Directora general y todo el equipo que ahí labora realiza su máximo esfuerzo, de eso no tengo la menor duda.

El problema va más allá de ellos.

Aquí los cinco pilares que a toda política pública debe sostienen para que pueda ser considerada como tal: 1) Ser pública, estar a disposición y discusión bajo los principios contemporáneos de máxima publicidad, transparencia, rendición de cuentas y participación ciudadana; 2) Ser completa, atender todos los segmentos y ámbitos; 3) Estar articulada, construir eslabones, o aun mejor lo que en la práctica cibernética se llama: una red distribuida de nodos y replicamientos; 4) Ser coherente, no sólo como sistema unitario hacia su interior, sino coherente con su historia, en este caso trascendente y reconocida, con lo que se dice en tanto se transforme en acción y coherente en tanto los recursos financieros, materiales y humanos que se destinan; y, 5) Expresar ideas, las ideas públicas y sobre lo público que esa política encarna.

Estos cinco pilares de cualquier política pública que se proponga ser considerada de esa forma, se entrecruzan con la aparición, fenómeno de nuestro siglo, de nuevos actores que suponen nuevos desafíos y paradigmas para la acción cultural de México en el exterior.

Cinco nuevos paradigmas serán determinantes en el urgente diseño e implementación de una diplomacia cultural del siglo XXI para México.

A saber, 1) La centralidad de la sociedad. La sociedad es hoy la principal productora de contenidos, éstos deben ser incorporados a la visión que del país se dé en el exterior; 2) El mundo digital sin fronteras. Una acción diplomática cultural ajena, o aun peor, contraria a los usos y prácticas que las tecnologías digitales han despertado no solo la condenará a lo obsoleto, sino a algo peor: la intrascendencia; 3) La diseminación de las voces. Si el Estado fue el canal prácticamente monopólico de construcción de la imagen país por la vía de la acción diplomática, en la sociedad abierta, crítica y participante de las comunidades y las identidades múltiples que reina en el siglo XXI, el deber del Estado es poner a disposición de estos actores individuales y colectivos sus plataformas de servicios digitales para visibilizarlos y alentar la formación de nuevas colectividades y discursos; 4) Diversidad y pluralidad es la divisa. Abatir el centralismo, significa crear un mecanismo que dé efectiva cabida a la expresión cultural de los estados de la República, de tal suerte que se refleje fielmente el país diverso cultural, lingüística y étnicamente que somos, significa, al mismo tiempo, ser capaces no nada más de recoger las expresiones de los estados, si no de incorporar a la diplomacia cultural al servicio de los mexicanos en el exterior, esa diáspora cada vez mayor y que merece, necesita y tiene derecho a que el Estado mexicano, su Estado nacional, le provea de bienes y servicios culturales como la lengua las tradiciones y el sentido de pertenencia en cualquier parte del mundo que ese migrante se encuentre; y, 5) La diplomacia postbilateral y la emergencia de los bloques postnacionales. Es incongruente que si el mundo, y México con él se mueve en nuevos bloques como lo son el proyecto Mesoamericano que incluye a Centroamérica, la Alianza del Pacífico, con Chile, Colombia y Perú como socios, APEC, que es nos vincula con los países del lejano Pacífico, las

Cumbres Iberoamericanas o incluso MITKA, el bloque de las potencias medianas, y que incluye a nuestro país además de Indonesia, Turquía, Corea del Sur y Australia, nuestra acción diplomática cultural se siga centrando en una serie de servicios y repetición de estereotipos de los que surtimos de manera bilateral a los países en los que contamos con representaciones.

6.

Concluyo. La diplomacia cultural forma parte hoy del conjunto de acciones, políticas y estrategias de lo que genéricamente se denomina Diplomacia pública. Sostenidas ambas en lo que ya en 1910 Harold Nicolson llamaba los “intereses comunes incluyentes”, como base de su concepto de Diplomacia en general, estas diplomacias, la pública y la cultural, dice el académico César Villanueva, “son, en esencia, aquellas que se ocupan de desarrollar una sensibilidad cultural e informativa hacia los pueblos de otras naciones, lo que a su vez deviene en la cooperación como medio para alcanzar un entendimiento recíproco y una paz duradera”. Apertura e inclusión, son pues las palabras claves. Comprensión de los tiempos que vivimos, de la dinámica social y construcción de una política pública de acción diplomática cultural es el reto inaplazable.

Gran Bretaña, Italia, Francia, España e incluso Japón, por más alejado que nos pueda parecer, han entendido a la diplomacia cultural como una herramienta poderosa y efectiva para influir en la opinión pública en el exterior, a la vez que como

un deber político, estratégico e histórico para preservar la lengua, y con ella la cultura, la forma de ver el mundo y la vida.

De cumplir con este desafío dependerá la capacidad que nuestro país muestre para mantener y acrecentar sus posibilidades de establecer un diálogo productivo y creativo con otras culturas. Para ello se requiere, a no dudarlo, de recursos humanos, materiales y financieros, de proyectos a largo plazo y de la comprensión, como he venido insistiendo, de las nuevas circunstancias que el siglo XXI ha traído consigo.

México ha sido, es y será un mosaico de culturas, lenguas, comidas, músicas, acentos y paisajes.

Terminó como comencé: ¿Es posible pensar en un quehacer diplomático que se desligue de la cultura de la que proviene? No, esa es la respuesta. Como tampoco es posible, lo advertía ya con clarividencia el Dr. Pérez Romo, la actitud frente a un ser humano, el paciente, de nuestra concepción honda y genuina de lo humano.

Apostemos por volver a colocar a nuestra diplomacia cultural en el lugar preeminente que nuestra grandeza como universo de culturas merece. No con la nostalgia de glorias idas, sino con el empuje del país que nos llama a construirlo entre todos desde los nuevos paradigmas de la participación ciudadana, la pluralidad y la diversidad.

Si al recibir el Premio Noble de Literatura nuestro más grande poeta, Octavio Paz, advirtió que “asistimos al crepúsculo del futuro”, seamos entonces capaces de reinventar desde la oportunidad que abre la diplomacia cultural el presente, nuestro

presente, desde el presente. La tarea es ardua; el tiempo apremia. Convocados estamos todos.

Muchas gracias por su atención.